

## Percepciones del deterioro ambiental entre nahuas del sur de Veracruz

Emilia Velázquez

Lazos, Elena y Luisa Paré. 2000, *Miradas indígenas sobre una naturaleza entristecida*. México, UNAM- Plaza y Valdés Editores, 220 pp.

Este libro, como su título lo indica, trata acerca de las percepciones que los habitantes nahuas de Mecayapan, Pajapan y Tahuicapan -tres poblaciones al sur de Veracruz- se han formado sobre el deterioro de los recursos naturales de sus comunidades. Percepciones que se van creando y recreando a partir de sus particulares experiencias e interacciones sociales, las cuales son permeadas por las posiciones que las personas ocupan al interior de estructuras ocupacionales, genéricas, generacionales, religiosas y educativas. Se trata de un tema que poco se ha abordado en la literatura que se ha escrito en México sobre la relación sociedad-naturaleza, la cual se ha dedicado principalmente a documentar cómo es que diversas prácticas productivas y distintas políticas públicas han impactado negativamente el medio natural, mostrando que éste es un medio socializado. Me parece que el tema que este libro trata es, justamente, uno de los aportes que la

antropología social puede hacer al estudio de la relación sociedad-naturaleza, el cual es abordado también por otras disciplinas, tales como la geografía, la biología, la agronomía y la sociología.

El libro de Lazos y Paré se sitúa en la línea de trabajo iniciada en México a principios de los años noventa por Lourdes Arizpe, Fernanda Paz y Margarita Velázquez, quienes hicieron un análisis sistemático de las percepciones sociales sobre la deforestación en la selva lacandona. Sin embargo, Lazos y Paré hacen un aporte al tema, y sobre el cual Arizpe y sus compañeras no prestaron atención, que es el análisis de las instituciones sociales que a nivel del imaginario regulan el uso de los recursos naturales. Así, en el capítulo II del libro que aquí se reseña, encontramos una explicación detallada del papel que los chaneques y chanecas tenían, en el pasado mediato, para regular un uso racional de los recursos disponibles para todos. De esta manera, en este capítulo los relatos sobre estos seres sobrenaturales, pero con características humanas, dejan de ser meras curiosidades folclóricas y adquieren sentido como parte de una institución reguladora de las relaciones entre hombres y mujeres, por un lado, y naturaleza por el otro. Es decir, los chaneques son parte de esa mediación cultural entre seres humanos y medio natural. Una cuestión central sobre este tema es el proceso por el que esta institución pierde vigencia en tan poco tiempo (30 ó 40 años a lo sumo). En este sentido, es notable cómo la misma institución, expresada en el chaneque o dueño de los animales, que en un momento dado sirve para regular un uso racional de los recursos naturales, en otro momento histórico, como se muestra en el capítulo III, evita percibir la magnitud del daño ambiental que los mismos miembros de la comunidad han ocasionado con nuevas prácticas productivas.

Otro aspecto interesante que se aborda en este libro es el que da cuenta de las percepciones diversas que dentro de una misma comunidad se forman las personas acerca de los cambios ocurridos en su

entorno natural, de las consecuencias que esto tiene sobre sus actividades diarias, y de las causas de tales cambios. Llama especialmente la atención la tendencia a reconocer los cambios: la milpa produce menos, los ríos y arroyos tienen menos agua, ha disminuido la pesca, etcétera, pero sin conectar los procesos. Es decir, las autoras muestran la dificultad de muchos entrevistados para relacionar deforestación con procesos climáticos, y a ambos con los cambios en la productividad, por dar un ejemplo. Otro aspecto que sobresale es la tendencia generalizada a culpar de las causas de la deforestación, o de la contaminación de las aguas, a otros que hacen uso del mismo espacio pero tienen otra ocupación. Así, los pescadores no reconocen la contaminación que ellos provocan al usar insecticidas para pescar, pero señalan con mucha claridad la manera en que los campesinos contaminan el agua al lavar en ríos y arroyos las bombas con las que aplican los agroquímicos. Y el ganadero culpa al campesino por la tala que hace para abrir milpa, pero sin reconocer la responsabilidad que él mismo tiene, y en mucho mayor medida que el campesino, en la deforestación. Es la historia de la eterna simulación, que seguramente no sólo comparten los campesinos. Supongo que si se entrevistara a los funcionarios de gobierno, difícilmente éstos reconocerían la parte, y grande, que las políticas gubernamentales han tenido en el deterioro ambiental, o el impacto negativo de programas mal ejecutados. Sobre este punto, creo que fue una omisión importante no haber incluido en las entrevistas a los encargados de programas gubernamentales que han operado en la Sierra.

Sobre las diferentes percepciones acerca del deterioro ambiental, las autoras las clasifican en tres grupos: a) los habitantes que no perciben el conjunto del deterioro; b) los que recurrieron a explicaciones que se refieren más al conocimiento tradicional sobre los ciclos naturales y ven el deterioro como parte de un ciclo; y, c) los que intentaron problematizar las causas y efectos de la degradación ambiental a partir de

establecer relaciones causales entre las acciones humanas y el deterioro. Al respecto, me parece un acierto el esfuerzo de las autoras por sistematizar y clasificar las distintas percepciones sociales que registraron acerca del deterioro ambiental. Sin embargo, hubiera sido pertinente que hubieran hecho saber al lector(a) cuál de estos tres grupos de opinión es el que predomina. Por otro lado, me llama poderosamente la atención, y me parece muy preocupante, que el 50% de los entrevistados que forman el primer grupo, es decir, aquellos que no logran ver el conjunto del deterioro, hayan sido mujeres jóvenes, en quienes muy pronto recaerá la responsabilidad de ser la principal formadora de valores al interior de la familia, si no es que ya está desempeñando esa función. Obviamente, el tercer grupo es el que tiene mayores posibilidades de actuar para mejorar las condiciones ambientales pero ¿estamos ante un grupo minoritario? ¿quiénes forman este grupo? Son dos preguntas que, desgraciadamente, no se plantean en el libro.

Otro aspecto que muestra el libro y que resulta especialmente interesante es el de la pérdida de legitimidad de las autoridades ejidales y municipales para hacer valer las leyes ambientales. Pero también destaca la escasa o nula legitimidad de una institución local como la asamblea. Así, las autoridades locales entrevistadas expresaron su incapacidad para detener a los motosierristas, por ejemplo, y se quejaron de que la gente no cumple los acuerdos tomados en asamblea. Ante estos hechos, pareciera que es mucho más fácil que una institución reguladora (los chaneques, los consejos de ancianos) pierda vigencia, a que surja otra diferente (la asamblea, el comisariado ejidal, o cualquier otra que los involucrados sean capaces de crear) pero con la misma validez. Con relación a este punto, es interesante que en la percepción de la mayoría de los campesinos y campesinas entrevistadas, sean las autoridades federales las que tendrían que intervenir más para evitar daños que muchos reconocen (envenenar el agua para pescar, causar incendios,

etc.). Y paradójicamente, como señalan las autoras, son éstas las autoridades más ausentes del nivel local. Al respecto, parece importante reflexionar sobre el tipo de cultura política que esta percepción entraña: una que no parece ser la de un ciudadano(a) consciente de su derecho a tomar en sus manos las riendas del funcionamiento de su comunidad.

El penúltimo capítulo está dedicado a conocer la forma de pensar de los formadores de opinión (pastores protestantes, catequistas católicos, profesores) y de las autoridades locales. Sobre este tema, es alarmante lo desmovilizador que puede ser el mensaje de las religiones protestantes, con su discurso de que casi cualquier problema ambiental es sólo una señal divina del próximo fin que se acerca, y sobre lo cual no queda mucho por hacer. Sin embargo, como bien se señala en el libro, también hay algunos pastores que retoman mensajes de la Biblia para promover el cuidado de la naturaleza, aunque no parecen ser éstos los que predominen entre los protestantes. Por otro lado están los intentos de la religión católica, en la versión de la teología de la liberación, por crear nuevas formas de organización colectiva y promover la protección ambiental. Y, junto a ello, los mensajes escolares, con sus contradicciones y sus potencialidades para generar nuevas formas de pensar.

El último capítulo analiza dos intentos por construir colectivamente una responsabilidad social sobre el medio ambiente, promovidos desde la UNAM y desde una organización no gubernamental, el Proyecto Sierra de Santa Marta, A.C. Como se ve, la tarea de cuidar el ambiente es ardua y no exenta de contradicciones, y compete a todos los actores sociales, no nada más a los campesinos, ya que, como ha dicho Luis Villoro en "Filosofía para un fin de época", todas las sociedades tendrán que elaborar un nuevo pensamiento ético para el siglo XXI, pues "sólo el renuevo de la ética puede hacer frente a los estragos causados, tanto en la naturaleza como en la sociedad (...)".